

Dolores Medio: la mariposa de acero. Imágenes contrapuestas de una novelista de la posguerra

Dolores Medio: the steel butterfly. Opposing images of a postwar novelist

Natalia Izquierdo López

Profesora de Lengua Castellana y Literatura (Región de Murcia)
notesalvesahora@hotmail.com

Recibido el 23 de diciembre de 2016

Aceptado el 4 de noviembre de 2018

[1134-6396(2019)26:1; 221-246]

<http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v26i1.5476>

RESUMEN

El ensayo aborda la vida, la narrativa y el ideario de Dolores Medio a fin de exponer las causas del silenciamiento del que éstos han sido objeto hasta el momento. Entre dichas causas, cabe señalar la imagen que la prensa española difundió de ella en los años cincuenta y sesenta, en virtud de la cual la feminista republicana y pionera de la enseñanza que la novelista encarnaba se vio pronto convertida en una apolítica y melodramática cenicienta. Asimismo, el trabajo vincula el olvido en que la autora ha caído a su proceso de desclasamiento, pero también a la idiosincrasia de la creadora asturiana, quien, ajena a los modelos establecidos, supo siempre que la libertad tenía su precio.

Palabras clave: Dolores Medio. Biografía. Narrativa. Feminismo. Educación.

ABSTRACT

The essay deals with the life, narrative and ideology of Dolores Medio in order to expose the causes of the silencing of which they have been object until the moment. Among these causes, it is necessary to point out the image that the Spanish press diffused of her in the fifties and sixties, by virtue of which the republican feminist and pioneer of the teaching that the novelist incarnated was soon turned into an apolitical and melodramatic Cinderella. The work also links the neglect in which the author has fallen to her declassification process, but also to the idiosyncrasy of the Asturian creator, who, unlike established models, always knew that freedom had its price.

Key words: Dolores Medio. Biography. Narrative. Feminism. Education.

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—Unos orígenes familiares entre el matriarcado y las aventuras de ultramar. 3.—Unos padres empobrecidos que aborrecían su estilo de vida. 4.—La feliz y fantasiosa infancia de la niña que se negaba a que la vistieran como a una muñequita. 5.—La adolescencia del “patito

bobo, tímido y despistado” que mantenía a la familia. 6.—El desamor de una innovadora maestra republicana hacia una madre entregada, pero autoritaria. 7.—Una maestra depurada en “un nido de águilas”. 8.—El Nadal y la conversión de Dolores Medio en una cenicienta apolítica y folletinesca. 9.—La inacabable lucha de una escritora pronto relegada. 10.—Conclusión. 11.—Bibliografía.

1.—Introducción

Comprometida con el tiempo en que hube de vivir, a él he respondido con mi actuación social. Puertas adentro, en mi intimidad, sigo mi camino, el que yo he elegido y el que he seguido desde mi infancia. De sobriedad, de pobreza y, en consecuencia, de libertad.

Dolores Medio. *En el viejo desván.*

El éxito y la fama no sólo son esquivos, sino también desagradecidos. Bien lo sabía la escritora asturiana Dolores Medio (1911-1996), quien murió prácticamente en el olvido pese a haber sido una de las autoras más laureadas de nuestro realismo del medio siglo. No en vano, en 1945 había obtenido el Premio Concha Espina por su cuento “Nina”, de argumento y orientación marcadamente feministas. Siete años después, había sido distinguida con el Premio Nadal por su novela *Nosotros, los Rivero*, título que se convirtió de inmediato en el mayor éxito comercial cosechado por la editorial Destino hasta aquel momento¹. Asimismo, en 1963, conquistó con *Andrés* el prestigioso Premio Sésamo, uno de los pocos galardones independientes en aquellos años de la posguerra en que todo estaba mediatizado. De igual modo, a lo largo de la década de los sesenta, varios de sus libros, entre ellos *Nosotros, los Rivero*, *Funcionario Público* (1956) y *El señor García* (1966) fueron adaptados para Televisión Española por, entre otros directores, Pedro Amalio López y Pilar Miró.

Más allá de nuestras fronteras, la narrativa de la autora asturiana gozó también de gran resonancia. De hecho, por aquellas mismas fechas, algunas de sus novelas, caso de *Funcionario público* (1956), se editaron para el estudio del castellano en varias universidades americanas, europeas y de lengua eslava. Por ello, no es de extrañar que, en las dedicatorias de títulos como *El pez sigue flotando* (1959), *La otra circunstancia* (1972) o *El Bachancho* (1974), ésta se mostrara agradecida con las especialistas que tradujeron sus libros y publicaron en otros idiomas distintos estudios sobre los mismos (Medio 1972). Sin embargo y, pese a todo lo expuesto, Dolores Medio sigue siendo hoy en día una autora sobre cuya vida y trayectoria artística disponemos todavía de una información somera y sucinta. Por este motivo, el propósito del presente artículo no es otro que evocar el periplo existencial

1. La primera tirada de la novela, integrada por 22.000 ejemplares, se agotó en cuatro días. En los meses posteriores salieron a la venta tres nuevas ediciones y en 1955 vio la luz la sexta (Montejo, 2000: 212).

y creativo de la relegada novelista, dado el gran interés que, como vamos a ver enseguida, éste reviste para los ámbitos académicos de la Historia de la Literatura Española, la Historia de la Educación, la Historia de las Mujeres y la Historia del Feminismo español. Con este fin, y partiendo de los testimonios vertidos en títulos autobiográficos como *Atrapados en la ratonera. Memoria de una novelista* (1980), *En el viejo desván* (1991), *Celda común* (1996), etc., el ensayo reconstruye numerosos episodios de la vida de Dolores Medio, a la vez que establece una fructífera y reveladora relación entre autobiografía y ficción, ayudándose para ello de sus novelas y cuentos, muchos de los cuales permanecían todavía inexplorados para la crítica. Gracias a esta reconstrucción, el trabajo rastrea las posibles causas del silenciamiento del que la autora fue objeto en tiempos democráticos, cuando el contexto socio-histórico era ya mucho más propicio para su pensamiento político y de género. Entre dichas causas, cabe señalar, por un lado, la disonancia y el desajuste entre la “muchacha casta, pobre y desvalida” en que la prensa y la crítica convirtieron a la feminista republicana y pionera de la enseñanza que Dolores Medio encarnaba y, por otro, el hecho de que, como se desprende de su biografía, ésta podría ser considerada como una intelectual desclasada, en ruptura con su medio social de origen, pero también con el universo aburguesado y mercantilista por el que se negó a ser asimilada. A este desclasamiento hay que sumar el carácter e idiosincrasia de la asturiana, en quien, sin aparente contradicción, se funden romanticismo y revolución, teología y secularización. Irreductible pues a los modelos establecidos, ello parece haber contribuido también a su postergación. Por esta razón, nuestro ensayo no pretende ser sino una aproximación al paradójico y poliédrico ser humano que fue Dolores Medio, cuya vulnerabilidad, fuerza y arrestos hicieron de ella una “mariposa de acero”.

2.—*Unos orígenes familiares entre el matriarcado y las aventuras de ultramar*

Dolores Medio nació en 1911 en la ciudad de Oviedo. Desde hacía varias generaciones, las mujeres de su entorno familiar habían dado muestras de un fuerte temperamento y ejercido una enorme influencia. Así, junto a su ensombrecido marido, la abuela paterna, doña Ramona Rivero, había regentado en la comarca de “El Puntal” un antiguo mayorazgo, de ahí que fuera familiarmente conocida como “doña Ramona de los Praos”. Por su parte, la abuela materna, doña Laura Pastor, había tenido que hacerse cargo de sus veintitrés hijos, de los que, a la muerte de su segundo esposo, sólo diez habían sobrevivido. Para mantenerlos, se había visto forzada a trabajar en el antiguo obrador familiar, sito en el casco antiguo y considerado el mejor de la ciudad en aquellos tiempos. No obstante, deseosa de preservar su independencia, se instaló con su abundante prole en un pequeño piso cercano a la Universidad. En él, en un tiempo en que las mujeres no frecuentaban los cafés, presidió y organizó una tertulia consagrada a la conversación y a los

juegos de cartas, entre cuyos asistentes se contaban capitanes del ejército, nobles señoras de familias acaudaladas y personalidades vinculadas al político republicano Melquíades Álvarez González-Posada, fundador del Partido Reformista, en el que también militaron destacados intelectuales del momento, como José Ortega y Gasset, Benito Pérez Galdós y Manuel Azaña.

Por otro lado, tanto en la rama materna como en la paterna, fue una constante la aventura de la emigración a América. El propio padre de la novelista, Ramón Medio, se escapó a los doce años del seminario de Valdediós, donde doña Ramona lo había internado a la fuerza. Tras recorrer caminando la distancia que mediaba hasta el puerto más cercano, se enroló como grumete en un barco de la marina mercante, con el que hizo la travesía del Atlántico. La fascinación que sus afortunados y desafortunados lances allende los mares despertaron en su hija motivaron que, en 1981, ésta publicara *El fabuloso imperio de Juan sin Tierra*, homenaje a su progenitor considerado por ella como su mejor novela. Igualmente, en las peripecias ultramarinas de Ramón Medio parece inspirado el argumento de su cuento “Un extraño viajero” (Medio, 1974), así como la figura del padre de Lena, la protagonista de *Nosotros, los Rivero*, de quien la escritora afirma que “ejerció con dispar suerte diversos oficios en el continente americano (...): estanciero en las orillas del Plata, explotador de caucho en las apenas exploradas selvas del Amazonas, plantador en La Florida y banquero en Nueva York (...)” (Medio, 1958: 53).

3.—*Unos padres empobrecidos que aborrecían su estilo de vida*

A comienzos del siglo xx, Ramón Medio regresó viudo a Oviedo con su hija Finy, nacida en La Florida, y una no desdeñable cifra de dinero amasado en América. Al poco de instalarse en la ciudad, buscó un matrimonio de conveniencia y celebró su boda con Teresa Estrada, una de las hijas de doña Laura, a quien había conocido en la tertulia que ésta organizaba. Ayudada por su hermana, Teresa había regentado en el piso familiar un taller de costura, diseño y confección de sombreros que cerró tras el casamiento, cuando Ramón Medio fundó la “Gran Bodega Española”, un negocio internacional instalado en pleno núcleo comercial de la ciudad y en el que invirtió todo su capital. Sin embargo, los comienzos del matrimonio estuvieron presididos por una mala racha económica que, de grandes y cosmopolitas bodegueros, los rebajó socialmente al rango de modestos tenderos, por lo que la pareja se vio obligada a alquilar una antigua cacharrería, alejada del centro neurálgico de la capital. La ruina material, el casamiento sin viaje de novios ni ceremonia especial, la convivencia con la hermana soltera y la hija del marido, el desprenderse de las asistentas que hasta entonces había tenido, el verse obligada a trabajar tras el mostrador y, sobre todo, la pérdida del primer hijo, provocaron el endurecimiento del carácter de Teresa Estrada, obligada a llevar en lo sucesivo un modo de vida muy distinto al que, por su educación decimonóni-

ca, mentalidad burguesa y origen social, había pretendido. Por su parte, Ramón Medio, un aventurero habituado al riesgo, se vio pronto inmerso en la rutina de un pequeño negocio, así como sujeto a unas costumbres, convenciones y estilo de vida que aborrecía. Abrumado por la monotonía y necesitado siempre de alguna emoción fuerte, enseguida se entregó a una de las pasiones de su juventud: el juego. “Mientras jugaba —confiesa la novelista— le ocurría como cuando salía al campo o se hundía en los recuerdos de su pasado: se emancipaba de la vida real, de aquella vida que llegó a hacersele insoportable” (Ruiz Arias, 1991: 60). Así, a través de sus padres y, desde bien pequeña, Dolores Medio conoció de primera mano los estragos derivados de llevar una vida ajena a los propios deseos, motivo por el cual procuró que esto a ella jamás le sucediera.

4.—*La feliz y fantasiosa infancia de la niña que se negaba a que la vistieran como a una muñequita*

En aquella antigua cacharrería, sita en el número 10 de la calle de la Universidad, nacieron Dolores Medio y su hermana pequeña, Teresa. A los cuatro años, Dolores inició sus estudios primarios en el Colegio Recoletas, del que destacó en sus memorias los malos tratos y las ineficaces maestras. Poco después, sus padres la inscribieron en el Grupo Escolar *Fermín Canella*, entre cuyas profesoras se contaba doña Cristina Rodríguez Velasco, casada con don Leopoldo García Alas —hijo de “Clarín” y rector por entonces de la Universidad de Oviedo—, la cual influyó de forma crucial en su posterior decisión de estudiar magisterio. Durante este período, asistió también a clases de piano y dibujo en la Escuela de Bellas Artes, a cuyas primeras lecciones de perspectiva atribuyó siempre su aprendizaje del respeto al punto de vista ajeno, experiencia que trasladaría después al pensamiento de Irene Gal, la protagonista de su novela *Diario de una maestra*, donde leemos:

La primera lección de perspectiva fue también para Irene Gal la primera lección de filosofía. Pensó: “Posiblemente exista una verdad absoluta —el modelo perfecto—, pero nuestra verdad es sólo una pobre verdad parcial (...), una verdad subjetiva (...); todos podemos tener razón, sin que nuestra razón destruya la razón ajena (...)”. En cada caso se dice: “Él lo ve así desde el estrato social en que está situado. Desde su profesión. A causa de su edad. O de su sexo. O sencillamente, influenciado por una determinada mentalidad” (Medio, 1993: 120-121).

Esta precoz tolerancia se vería más tarde reforzada por los planteamientos filosóficos de Ortega y Gasset, de quien la escritora asturiana sería una admiradora entusiasta toda su vida. Por este motivo, en *Diario de una maestra* se sirvió de una larga cita extraída de la Lección XI de *Qué es la filosofía* para exponer su deseo de armonizar, en el plano educativo, futuro, presente y pasado, “sin ofender los sentimientos de los que se han quedado mirando atrás” (1993: 95-97).

Por otro lado, la calle fue en aquel tiempo uno de los espacios de juego preferidos de la novelista. Allí correteaba con los niños y niñas de la clase trabajadora, con quienes se divertía tramando y poniendo en práctica “varoniles chiquilladas”. Acompañada de su tía Lola y de su hermana Finy, acudía también al mercado y a la Iglesia, visitaba a algunos amigos de la familia y paseaba por el Campo de San Francisco, donde se dejaban ver las señoritas burguesas casaderas. Rememorando probablemente estos paseos, en *Diario de una maestra*, Dolores dijo:

Irene Gal no pasea por donde pasea la gente. Su innata rebeldía la llevó desde niña a apartarse de la manada, a no aceptar, porque sí, un hecho impuesto por la costumbre. Pasear, para Irene, es caminar despacio, sin rumbo fijo, recreándose en cada pequeño descubrimiento. No es dar vueltas y vueltas en un determinado trozo de calle, observando lo que hacen los demás y dejándose observar por ellos (1993: 81).

No obstante, cuando el clima del Cantábrico ya no lo permitía, y tenía que quedarse encerrada en casa, la niña disfrutaba escuchando las historias que su hermana Finy, su tía Lola y su propio padre le relataban en las incontables tardes lluviosas. La primera le narraba relatos populares originarios de La Florida e inventaba personajes fantásticos cuya imaginaria residencia fijaba en el enorme trastero de la cacharrería. Por su parte, su padre le refería sus aventuras y desventuras transoceánicas, así como cuentos populares de estirpe campesina por los que desfilaban todos los trasgos y meigas de la mitología asturiana. Aunque, las que más le fascinaban eran las narraciones de su tía Lola, que trufaba la Historia de España, de Oviedo y de su familia, de supersticiones, milagros, leyendas y fantasías. Además, en sus relatos, siempre a caballo entre la ficción y la realidad, las mujeres —entre ellas sus propias abuelas, Isabel II² y Mariana Pineda— eran las omnipresentes e invariables protagonistas. Por ello, gracias a sus familiares, Dolores Medio entró bien temprano en contacto con el cuento de origen popular que durante su vida de escritora iba a cultivar. Pero, sobre todo, conoció desde bien pequeña la memoria y el ejemplo de sus ancestros, rebeldes, bohemios e inquietos, siempre en busca, no de dinero y riquezas, sino de la libertad que les permitiera convertirse en dueños y dueñas de su propia existencia.

Debido a que su madre y su tía eran avezadas modistas, las tareas de costura eran también una actividad cotidiana en la casa. Sin embargo, mientras que las realizadas por sus hermanas eran un primor, las confeccionadas por Dolores eran un verdadero desastre, razón por la que la señora Estrada cuestionaba la feminidad de su hija. Por ello, la niña que protagoniza su relato “El camino”, abandona huso

2. En 1966, gracias a una beca de la Fundación Juan March, Dolores Medio publicó *Biografía de Isabel II de España*, donde reivindicó la figura de esta reina, cuya historia personal, marcada por la anteposición del deber al placer, la maduración temprana y forzada, etc., presenta con la suya, aparentemente, numerosas analogías (Medio, 1966a).

y rueca para trepar a la tartana de Liborio, gitano trashumante del que la pequeña aprende a hacer jaulas para grillos, fabricar melodiosas flautas de caña y pescar con anzuelo incautas truchas en el río, y todo ello para desesperación de su madre (1974: 83). Aunque, sin duda, uno de los comportamientos que más desazonaban a Teresa Estrada era la terquedad con que Dolores se negaba a dejarse vestir cual si de una muñeca se tratara. Así, mientras que en el álbum de fotografías de la familia (1991: 28), la niña aparece prácticamente perdida entre tules y cintas, en *Atrapados en la ratonera*, la escritora reproduce las palabras de su madre acerca de la adolescencia “desastrada y viril” de su hija: “Lolita (...) es como un chico, lo ha sido siempre; le da lo mismo salir de casa con alpargatas, con un pañuelo atado a la cabeza y con unas gafas de sol horribles” (Medio, 1980: 27). Mientras que estos comportamientos suscitaban la complicidad de Ramón Medio, la señora Estrada los desaprobaba por considerarlos inadmisibles en una señorita y tildaba por ello de “loca” a su hija, a quien castigaba encerrándola en el desván de la casa, del que Dolores se escapaba saltando por la ventana o bien poblándolo con todos los seres reales y fantásticos que campaban a sus anchas por sus ensoñaciones de niña imaginativa. Contrariados por la rigidez en las costumbres de Teresa Estrada, enseguida padre e hija se habituaron a dar juntos largos paseos por los extrarradios de Oviedo, paseos en los que Ramón Medio le explicaba a la pequeña que el malestar que sentía era fruto de las “mariposas negras” que aleteaban en su cuerpo, por el que corría, impetuosa, la sangre de los Rivero. Pasados los años, en *Nosotros, los Rivero*, la narradora asoció la metáfora paterna a su ideario político y de género:

La serenidad de Lena Rivero no dura mucho. Sin poder precisar exactamente el motivo de su inquietud, de su angustia, se impacienta, siente deseos de moverse, de gritar... Su padre llamaba a estos momentos de opresión “sus mariposas negras”. Ahora sabe que lo de *mariposas* bien puede traducirlo por ideas (1958: 87).

Además de la comprensión de su progenitor, un hecho accidental vino poco después a otorgar a la bulliciosa niña cierta tranquilidad. Y es que, a la muerte de su tío paterno, Joaquín Medio, abarrotó el desván familiar una completa biblioteca con la que el que antes fuera lugar de castigo se trocó en uno de sus espacios de diversión favoritos. Por eso, en lo sucesivo, la jovencita tuvo ocasión de leer allí infinidad de libros de aventuras y de caballerías, así como novelas realistas³ y vidas de santos, particularmente de Santa Teresa y de San Francisco de Asís, el cual se convertiría en un vívido modelo de comportamiento para Dolores Medio, a tenor del testimonio que a continuación recogemos: “Sé vivir con poco, y lo poco que

3. Trabajos como “The influence of Galdos’ *El amigo Manso* on Dolores Medio’s *El diario de una maestra*” (Penuel, 1973), o “La herencia mítica de Galdós en *Diario de una maestra* de Dolores Medio: Máximo Sáenz e Irene Gal como reactualización explícita de una pareja galdosiana” (Martínez Sariego, 2009), han rastreado la huella del susodicho escritor en la obra de la asturiana.

necesito, lo necesito muy poco, podría decir con San Francisco” (Medio, 1991a: 19-20). De este modo, la lectura y el vagar de la fantasía se convirtieron en hábitos que le brindaron a la chiquilla sensaciones de plena felicidad y completa autonomía. Por eso mismo, la novelista dio al primer tomo de sus memorias el título de *En el viejo desván*, donde dejó escrito:

Tal vez se me reproche como un resabio de romanticismo trasnochado, pero yo sigo defendiendo la ilusión en la vida y he procurado siempre despertarla y sostenerla en las personas con las que trato y sobre todo en los niños. (...) una infancia feliz, alegre, repleta de fantasía, como corresponde a esta etapa de la vida, cimienta una vida adulta generosa, sin envidias ni rencores, sin amarguras de una triste infancia. ¡Cuántas veces las heridas de mi vida han cicatrizado con el bálsamo de los recuerdos de mi infancia feliz! (1991a: 145-146).

5.—*La adolescencia del “patito bobo, tímido y despistado” que mantenía a la familia*

La adolescencia de Dolores Medio estuvo marcada por dramáticos acontecimientos, ya que, cuando apenas contaba trece años, murió su padre, protector y confidente de la pequeña, así como modelo de varón que, ya adulta, buscaría en los hombres como pareja. “Fue el amor de mi vida —aseguró la novelista—; yo fui identificando la figura de mi padre en los hombres de quienes me enamoré después, más bien mayores, con espíritu de aventura, en contra de todo lo acomodado, tranquilo y burgués” (Cruset, 1968: 58). Poco después, las cinco mujeres que desde entonces pasaron a integrar la familia fueron desahuciadas por los propietarios de la cacharrería, por lo que se trasladaron a una pequeña vivienda de la calle San Bernabé, alejada del centro, donde abrieron una nueva y todavía más modesta tienda. Lo pírrico de sus ventas y el progresivo deterioro físico de Teresa Estrada, convaleciente de un accidente doméstico, les llevaron a cerrar de inmediato el comercio y a mudarse a la calle San José, situada al fondo de la ciudad vieja, donde un ruinoso y desvencijado caserón, habilitado como casa de vecindad, pasó a ser su nueva vivienda. Las características y el emplazamiento de ésta, así como la proletarización y la más que notoria pobreza sobrevenidas tras el desalojo de la cacharrería, hicieron que amigos y familiares dejaran de hacerles las acostumbradas visitas. Por eso, en esta época, Dolores conoció una etapa de duro aislamiento que intentó mitigar paseando sola por las inmediaciones de Oviedo, conversando con sus estatuas o refugiándose en las iglesias para volcar su desesperanza en interminables “diálogos” con las tallas⁴. Por otro lado, en su adolescencia,

4. Como más adelante veremos, a estos traumáticos hechos se aferrarían luego ciertos críticos de Oviedo para infravalorar las dotes artísticas de Dolores Medio, a quien de paso invistieron de los atributos de una trastornada.

la novelista fue una joven con un profundo sentimiento religioso que perdió más tarde a causa de las experiencias vividas durante y después de la guerra (1993: 132). No obstante, las referencias religiosas que aparecen en sus novelas guardan siempre relación con la dimensión más heterodoxa, mística y revolucionaria de la fe cristiana. Por ejemplo, *Diario de una maestra* aparece precedida de la siguiente cita de San Juan de la Cruz, de la que la escritora hizo otro de los lemas de su existencia: “Donde no halles amor, pon amor y encontrarás amor” (1993: 69). En cierto modo, podría pues afirmarse que la religiosidad de Dolores Medio actuó como un universo de valores espirituales y éticos enfrentado no sólo al contexto bélico, sino también al de la especulación y el materialismo que se fue abriendo paso en las siguientes décadas.

Al ostracismo social conocido por la muchacha en este tiempo, hay que añadir el hecho de que tampoco pudo trabar amistad con los chicos y las chicas del barrio, ya que de un día para otro se vio también convertida en una *adolescente obrera*, forzada a trabajar horas y horas cubriendo recibos de la contribución de Hacienda y fabricando, junto con su hermana pequeña, juguetes de madera, cartón y corcho que luego vendía a algunas tiendas para que su familia pudiera hacer siquiera una comida al día. Todas estas circunstancias han inspirado también muchos pasajes de sus novelas. Así, en *El pez sigue flotando*, el aparentemente autobiográfico personaje de Marta Ribé se deja la juventud y la espalda pasando a máquina todo tipo de textos para, a duras penas, conseguir su sustento y el de Tata, su antigua ama, ahora postrada en la cama —figura que, en este caso, recuerda a la de Teresa Estrada—. Quizá por ello, al pensar en el autor de la novela rosa que mecanografía, el citado personaje lanza esta ostensible crítica:

¿Cómo será el autor de esta novela?... Me gustaría conocerlo. Pero nunca veo a las personas para las que trabajo. “Tome usted sus papeles y lárguese de aquí. Usted es sólo una máquina de escribir, señorita Marta”. Bueno, claro, no lo dicen así. Pero lo piensan. Y una trabaja y trabaja como una máquina (Medio, 1959: 99-109).

De esta manera, mientras que para las jóvenes de su clase social de origen el final de la adolescencia significaba por entonces el término de su período de formación y la renuncia a su desarrollo profesional y, en buena medida, personal, en el caso de Dolores Medio fue precisamente su proletarización la que alentó su capacitación laboral y la maduración de su subjetividad. Fueron también la ruina económica y el rechazo social que conoció de jovencita los que dieron al traste con la distinción burguesa y el deseo de convertirla en una “señorita” que albergaba su madre. Pero, encontrarle un “buen partido” a su hija se hizo difícil a partir de entonces no sólo por estos motivos, sino también por los complejos de la novelista, quien afirma:

Yo no he coqueteado nunca con un muchacho, aunque me gustara más que un bombón. Yo era ese patito bobo, tímido y despistado que jugaba con los demás y hasta se chapuzaba en la misma charca, si llegaba el caso, pero al que nadie prestaba mucha atención (1980: 69).

Esa sensación de pasar desapercibida para el otro género también está presente en algunos de los relatos de Dolores Medio, como en el ya mencionado *El pez sigue flotando*, donde el personaje de Marta Ribé urde una inocua venganza contra el mercero de su edificio por no haber reparado en ella, y eso pese a la convivencia a que su patio de vecinos les obliga. Y lo mismo le sucede al de Julia Garín en la referida novela, quien en vano espera “ser vista” por Bruno Jiménez, el titiritero que habita en su mismo inmueble. Quizá por eso, tanto en éste como en otros de sus libros, la escritora realizó una apasionada crítica del flirteo y la coquetería, incompatibles, según ella, con la honestidad y la camaradería (1959: 186-189).

Finalmente, en 1926, Dolores aprobó el examen de ingreso en la Escuela Normal de Maestras de Oviedo con vistas a que las cuatro mujeres que entonces integraban la familia dispusieran de unos ingresos regulares cuanto antes. Para costearse las clases, trabajó como institutriz para los Marqueses de Valverde de Limia, con quienes viajó un verano a Bóveda (Lugo), —experiencia que recogió en su novela *Mañana*—. Asimismo, pasó una temporada estival en Llanes acompañando y ayudando a doña Solita, profesora en quien las costumbres tradicionales se aliaban con las ideas más avanzadas, por lo que lo mismo instaba a la joven a que madrugara para que asistiera al rezo de las “Flores a María”, como a que fuera ataviada con un llamativo cinturón con los colores de la bandera republicana. De tales vivencias y, como homenaje a tan singular maestra, nacería *Mi compañera*, su primera novela.

6.—*El desamor de una innovadora maestra republicana hacia una madre entregada, pero autoritaria*

En junio de 1930, Dolores Medio obtuvo el título de Maestra de Primera Enseñanza y enseguida fue nombrada profesora interina en el pequeño pueblo de Intriago, cercano a Covadonga, aunque, en septiembre de aquel mismo año fue trasladada a la escuela de Cazanes, en las proximidades de Villaviciosa. Durante el verano de 1932 siguió los Cursos de Selección Profesional de la Universidad de Oviedo, en el transcurso de los cuales conoció al que sería su gran amor de juventud: un profesor y pedagogo veinte años mayor que ella, discípulo de Ortega, formado en Alemania y afín al ideario de la Institución Libre de Enseñanza (ILE). En *Diario de una maestra*, la escritora atribuye a dicho pedagogo el nombre de Máximo Sáenz, a quien presenta impartiendo una conferencia sobre modernos y revolucionarios métodos de enseñanza puestos en práctica en los años veinte

en diversos centros experimentales estadounidenses y europeos, planteamientos innovadores de los que Dolores Medio fue siempre partidaria y que, como ahora tendremos ocasión de comprobar, ella misma aplicó en distintas escuelas asturianas. Entre tales métodos, la autora alude a la *Arbeitsschule* y las *Lebensgemeinschaftsschulen* alemanas; las *new-schools* inglesas; el Plan Dalton llevado a la práctica en Massachusetts por Helen Parkhurst; el Plan Winneka, probado en Chicago por el profesor Washburne; los trabajos de Cousinet en Francia, de Lombardo Radice en Italia, etc. La influencia que este compañero de cuerpo y alma ejerció sobre las ideas educativas, políticas y estéticas de la joven maestra fue tal que ésta lo calificó como su “Pígalión” en sus memorias y novelas (1980: 61). Dolores dijo también de él que “le enseñó a pensar y a sentir” y que le descubrió “el mundo maravilloso del amor y del dolor humanos, de los derechos y los deberes de los hombres, de la justicia, la igualdad, etc.” (1993: 337). De igual modo, en la referida novela, la asturiana se sirvió de los autobiográficos personajes de Irene Gal y de Máximo Sáenz para dar cuenta del accidentado devenir de esta relación⁵, por la que hubo de hacer frente a sus reaccionarios familiares y, más especialmente, a la intransigente oposición de su madre, quien acusaba al susodicho pedagogo de haberle “envenenado el alma” a su hija, así como de haberle arrancado “los valores cristianos” que ella misma le había inculcado (1980: 144).

Tras superar los Cursillos de Selección Profesional, Dolores fue nombrada maestra en Pravia y en 1934 ingresó finalmente por oposición en el cuerpo de Magisterio, tomando posesión de su plaza en la escuela de Piñoleta, en Nava. Fue allí donde comenzó a poner en práctica sus novedosos métodos de enseñanza, que pronto le granjearon el respeto y la admiración de sus compañeras y compañeros, así como el de la propia institución republicana. Dichos métodos se fundamentaron en el ideario de sus tres pedagogos de referencia: el belga Ovide Decroly⁶, la española Leonor Serrano Pablo⁷ y la norteamericana Helen Parkhurst⁸. Combinando

5. Las explícitas escenas de sexo entre la pareja protagonista contenidas en la novela motivaron que la primera edición de ésta, publicada en 1961, fuera cercenada por la censura franquista.

6. Ovide Decroly (1871-1932) fue el creador de la afamada “École de l’Hermitage” (Bruselas), cuyo método pedagógico gravita sobre los centros de interés de los niños y hace de la naturaleza un poderoso recurso educativo. En la actualidad, dicho organismo tiene el estatuto de escuela libre subvencionada no confesional.

7. Inspectora de Primera Enseñanza, abogada y reputada intelectual, Leonor Serrano Pablo (1890-1942) defendió su ideario educativo, político y de género en títulos como *La enseñanza complementaria obrera*, *La educación de la mujer de mañana*, *El método Montessori*, etc. En sus páginas, abogó por la creación estatal de casas cuna y escuelas de párvulos, la ampliación de la franja de edad de la educación obligatoria, la formación de las personas adultas y la lucha contra el analfabetismo. Igualmente, cuestionó el modelo de feminidad para el que la realización de la mujer radicaba en la maternidad y defendió su derecho al voto, a un trabajo remunerado y al desempeño de cualquier cargo. Del mismo modo, reclamó que el Estado otorgara la categoría de profesión al trabajo doméstico, creara un subsidio anual de maternidad, elaborara una ley del divorcio, aboliera

sus métodos, en 1934 puso en marcha el que, en *Diario de una maestra*, denominó “Plan La Estrada” o “Strada Laboratory Plan”, que a su vez aplicó en la mencionada escuela de Piñoleta (1993: 92-93). Según relata en dicho título, lo primero que la joven maestra hizo fue deshacerse de los materiales de su antecesora en el cargo:

(...) viejos libros de lectura con su moraleja. Cuadernos y muestrarios de letra gótica y redondilla. Revistas de labores para poner a prueba la paciencia de las niñas. Láminas de historia que *recordaban* los carteles de feria que narraban crímenes y calamidades, etc. (1993: 93).

Seguidamente, para desterrar el espíritu sedentario y enmohecido de la vieja escuela, procedió a pintarla, a decorarla con hojas recogidas en el campo y a suprimir la antigua cátedra que instauraba una jerarquía en la que no creía. De común acuerdo con sus alumnos y, a la manera de los laboratorios de Helen Parkhurst y de los centros de interés de Ovide Decroly, fijó las Cuatro Estaciones como tema a desarrollar a lo largo del curso escolar. De igual modo, asumiendo el parkhustiano y decrolyano cuidado de animales y plantas como una práctica mediante la cual se podía fomentar el compromiso y el ejercicio de la responsabilidad, en los dominios de la escuela, maestra y alumnos cultivaron una huerta e instalaron un gallinero, cuyos productos vendieron entre las gentes del pueblo a fin de obtener el dinero con el que dotar al centro de una chimenea para la que las autoridades educativas no habían previsto ningún presupuesto, y ello pese al monumental frío que imperaba en la apartada braña en invierno. Con este propósito, organizaron actuaciones teatrales y recitales poéticos, para cuya gestión se sirvieron del lote de libros que el Patronato de las Misiones Pedagógicas les había remitido. Poco después, en su tiempo libre y siguiendo el ideario educativo de Leonor Serrano Pablo, la maestra comenzó también a impartir formación de adultos en el centro. Pero, entre tanto, “las fuerzas vivas” del pueblo empezaron a criticar su labor renovadora al frente del colegio:

Los chicos juegan en la escuela en vez de estudiar. Los más pequeños la tratan de “tú” y se duermen en sus brazos, sin el menor respeto. Los chicos y la

la pena de muerte, etc. Exiliada en Francia, a su regreso a Madrid en 1939 para cuidar de su madre octogenaria, fue inmediatamente delatada. El Tribunal Militar de Responsabilidades políticas le abrió un expediente por “izquierdista, racionalista y laica” contra el que no pudo hacer nada, pues falleció poco antes de que el proceso finalizara (Segura i Soriano, 2004: 37).

8. Discípula de María Montessori, a quien había conocido en uno de sus viajes por Europa, Helen Parkhurst (1886-1973) fue la artífice del revolucionario “Plan Dalton”, que puso en práctica en la Children’s University School de la homónima localidad de Massachusetts, donde sustituyó los cursos tradicionales por laboratorios de distinto contenido basados en el aprendizaje autónomo e individualizado.

maestra se bañan en el río o en cualquier playa próxima, con menos ropa de la conveniente. La maestra y los chicos hacen títeres en la escuela... (1993: 165).

Pese a ello, decidida a dotar a su actuación educativa de mayor eficacia, en julio de 1936, ayudada por un compañero y el alcalde de Nava, Dolores Medio elaboró un audaz plan de estudios para la Escuela de Patronato de Ceceda, una cercana localidad asturiana. Sin embargo, no pudo llevarlo a buen puerto ya que ambos colegas fueron ajusticiados a los pocos días del estallido de la contienda, el cual la sorprendió en Oviedo, lo que probablemente la libró de correr la misma suerte que éstos⁹. Por entonces, para salvar la vida, intentó pasar desapercibida, y esto aun cuando su casa, que lindaba con la Comandancia Militar, el Gobierno Civil y el Cuartel de Santa Clara, fue en varias ocasiones víctima del fuego cruzado de las fuerzas enfrentadas. A esta circunstancia hay que sumar el hecho de que, durante el asedio, las mujeres Estrada acogieron en su vivienda a un relevante dirigente de la Confederación Nacional del Trabajo y a su familia, arriesgando así doblemente su vida. Pero, a finales de julio de 1936, se hizo pública una orden según la cual todos los funcionarios que quisieran cobrar su sueldo debían firmar su adhesión al Alzamiento. Pese a sus firmes convicciones republicanas, Dolores puso su rúbrica en aquel documento porque lo contrario equivalía a perder la única fuente de ingresos de la que por entonces vivían las cuatro mujeres que integraban la familia, así como a tirar por la borda el ingente sacrificio que su madre había hecho para poder darles a ella y a su hermana Teresa una carrera. Además, según la escritora, en Oviedo todo el mundo estaba ya al corriente de sus ideas, así como de sus frecuentes visitas al Ateneo, en el que la señora Estrada no veía más que un “vivero de comunistas y socialistas” (1980: 60). A ello había que añadir el hecho de que, algunos de sus recientes comportamientos la habían puesto en el punto de mira de las “fuerzas vivas”. Y es que, poco antes de que estallara la guerra, la asturiana había publicado un artículo en la prensa en que, sintiéndose defensora ardiente del “heroico proletariado que padecía bajo el látigo del capitalismo (...)”, había concluido su alegato proclamando: “Proletarios del mundo entero, uníos... ¿Qué perdéis con romper vuestras cadenas?... En cambio, tenéis a conquistar todo un mundo” (1980: 61). Por esas mismas fechas, la joven maestra había sido propuesta como gerente del Orfanato Minero de Oviedo por el entonces director del mismo, Ernesto Winter Blanco, fusilado en los primeros días de la refriega junto

9. En *Atrapados en la ratonera*, donde recoge sus recuerdos del asedio de Oviedo, la escritora honra la memoria de las maestras y maestros republicanos que, al igual que su amiga Ángeles Fernández, modernizaron la enseñanza conforme al patrón de las llamadas “Escuelas Nuevas” y se embarcaron para ponerse al mando de las muchas expediciones que trasladaron a miles de niños españoles desde los puertos asturianos hasta las lejanas tierras de Francia, Rusia o Bélgica. Por ello, la dedicatoria de *Diario de una maestra* reza: “Para mis compañeros de Magisterio, soldados anónimos de la mejor guerra” (1993: 69).

a otras autoridades republicanas, entre ellas Leopoldo García Alas. La decisión de estampar aquella firma llevó a Dolores a pensar de sí misma que era una mujer cobarde y achantada, e incluso a desear que las fuerzas franquistas bombardearan su casa, poniendo así fin al tormento ético que en aquellos días la desazonaba (1980: 249). Dicha rúbrica no impidió que fuera objeto de varias denuncias, las cuales creyó promovidas por la envidia y el resentimiento de quienes “aprovechaban el río revuelto para hacer daño o para vengarse por haber sido” vencidos por ella en algún terreno (1980: 64-73). La primera de éstas se produjo el 5 de agosto de 1936, y en ella se le acusó de servir de enlace y de enviar noticias a los mineros, si bien todo concluyó con la incautación de la radio Telefunken de su hermana Teresa y el aparatoso registro de la vivienda. Sin embargo, aquel mismo día fue detenida de nuevo, imputándosele en este caso la ocultación de armas y el mantenimiento de contactos con el enemigo. Como pasó la noche en el Cuartel de Asalto sin que nadie se dirigiera a ella, de buena mañana se escabulló sigilosamente de su celda, aunque, eso sí, pensando en la posibilidad de otra delación de la que tal vez no saliera ya tan bien librada (1980: 64-73).

Entre tanto, comenzó el curso de 1936-1937 y la maestra no pudo incorporarse a sus clases debido al recrudecimiento del cerco de Oviedo. Ya durante los primeros meses de éste, las fuerzas sublevadas racionaron el agua y requisaron los alimentos, por lo que, en *Atrapados en la ratonera*, la asturiana relata cómo ella y su hermana se jugaron la vida recorriendo la ciudad bajo una lluvia de balas para hacerse con un pedazo de pan, una pequeña cantidad de agua o una pizca de carbón con la que poder calentar la casa. Otras veces recurrían a la caridad cristiana de unas monjas vecinas que, sin embargo, le negaron a Teresa Estrada “una miserable taza de caldo” cuando más la necesitaba, razón por la cual, en breve tiempo, la novelista fue impotente testigo de cómo el hambre segaba la vida de su anciana madre (1980: 144).

En sus obras autobiográficas, la escritora presenta a Teresa Estrada como una persona muy religiosa, dinámica y autoritaria, “que conducía a la familia con mano enérgica por el camino que suponía conveniente a sus intereses, y sobre todo, a una vida moral perfecta desde su punto de vista” (1980: 107). Enfrentada a ella desde su más tierna infancia, la autora confió en que fueran el tiempo y las circunstancias quienes se encargaran de ir nivelando, “sin violenta rebeldía”, las abisales diferencias que las separaban¹⁰ (1980: 107). Al comienzo, el plegarse a los autoritarios dictados de su madre se tradujo en airadas escenas de impotencia en las que la jovencita descargaba su rabia sobre los recargados muebles de la

10. “Yo no necesitaba vajilla inglesa, ni checoslovaca, ni pretendía atiborrar de muebles ni de objetos de adorno, abrumadores, el estudio bohemio que soñaba poder disfrutar cuando fuera a Madrid para estudiar en la Facultad, pero no me atreví nunca a arrebatarme a mi madre aquella ilusión de vernos vivir la vida burguesita y amanerada que ella soñaba” (1980: 107).

vivienda, los cuales identificaba con “la educación severa que recibía y con el ambiente quieto y aletargante del salón que presidían” (1980: 113). Más tarde, con la intención de no lastimar a su sacrificada madre, Dolores renunció a seguir a su compañero sentimental a la capital, donde, además de que ésta cursara allí estudios de Pedagogía y de Filosofía, ambos tenían previsto poner en marcha un innovador y ambicioso proyecto educativo (1980: 136). Decisiones de este tipo suscitaron que la novelista mantuviera siempre con su progenitora una relación fría y distante, que ella misma definió en términos de “desamor”:

Sí, desamor, debo confesarlo para ser sincera, porque yo no había querido nunca a mi madre como supongo que a una madre debe quererse, y su muerte no me producía esa desolación y esa amargura, la sensación de desamparo que ha de sentirse cuando un ser querido nos abandona (...). Sólo sentía remordimiento y una piedad infinita. Un demonio de rebeldía se regocijaba dentro de mí ante la perspectiva de una libertad que sólo había disfrutado precariamente cuando ella vivía (...). Pero ahora ya soy libre (...), con la libertad gozosa del deber cumplido, como en los cuentos de las niñas buenas (1980: 144).

Pero el júbilo de la libertad se trocó en punzante arrepentimiento cuando la novelista supo que, en sus últimos días de vida, su madre se había negado a ingerir su escasísima ración de comida y que había instado a su tía Lola a que hiciera lo mismo ya que, según Teresa Estrada, ambas “ya habían vivido y poco podían valer en su ancianidad, en tanto las niñas necesitaban salir adelante” (1980: 144). Esto hizo que la escritora se reprochara “su egoísmo y su frialdad” y se sintiera alternativamente culpable e inocente de la muerte de su madre (1980: 144). “Eres un mal bicho —se decía—. Más despreciable aún que las monjitas que le negaron una miserable taza de caldo cuando se estaba muriendo de hambre” (180: 144). En cambio, en otras ocasiones alegaba: “Yo no deseé su muerte (...). Yo no la he matado, ¡no la he matado! (...), yo no soy culpable” (1980: 144-145). Este conflicto moral quedó también reflejado en su novela *El pez sigue flotando*, donde el personaje de Marta Ribé se culpa de haber ocasionado la muerte de Tata, la criada a la que cuidaba y mantenía y cuya enfermedad lastraba su vida.

7.—Una maestra depurada en un “nido de águilas”

Los avatares de la guerra y la retirada en octubre de las fuerzas republicanas hicieron que, en diciembre de 1936, Dolores se incorporara al fin a la escuela de Pereda, pequeñísima aldea de “Las Hurdes asturianas”, en la braña de Ayones, entre Luarca y Tineo, un lugar totalmente aislado, al que sólo se podía acceder a caballo, atravesando caseríos, aldeas y montes como el de Muniellos o el de El Bachancho, que daría más tarde título a una de sus colecciones de relatos. Durante

las vacaciones de Navidad regresó a Oviedo, donde consiguió un salvoconducto que le permitió llegar a Castropol, en cuya prisión para delincuentes comunes su pareja había sido encarcelada a la espera de ser juzgada. Atravesando entre los silbidos de las balas la línea de fuego, viajando sola en convoyes militares, coches de línea y carracas que prestaban su servicio entre los pueblos, exponiéndose a ser denunciada y arrestada y, tras haber recorrido, una tras otra, las cárceles de todo el occidente del Principado, la maestra dio por fin con su paradero. Sin embargo, un teniente falangista allí destinado y, viejo conocido de la familia, la obligó a volver a la capital asturiana en la cabina de uno de los camiones de Intendencia, amenazándola con entregarla a las autoridades en caso de que se negara¹¹. Ya en la ciudad, y mientras trabajaba desempeñando tareas de limpieza y de enfermera en el Hospital de Sangre del Frente, recibió de labios de un mutilado la mala nueva de que su compañero había sido condenado a muerte, noticia a la que hubo de sobreponerse de inmediato dados los cargamentos de heridos que pedían paso. Efectivamente, Dolores Medio creyó que su “Pigmalión” había muerto hasta que, para su sorpresa, éste le envió una carta desde la antigua Leprosaría de la Isla de San Simón, convertida por entonces en el Penal de Redondela, y en la que le decía que, indultada su pena de muerte, estaba cumpliendo allí condena.

Concluidas las vacaciones navideñas, la maestra se reincorporó a su escuela de Pereda, donde, durante los primeros días de enero, la vida plácida y sin sobresaltos de la aldea se le antojó egoísta en plena guerra, mientras su pareja seguía encarcelada y sus amigos y camaradas morían en el frente. Sin embargo, pronto el miedo y la áspera soledad que allí la envolvían se le empezaron a hacer cuesta arriba. Así, pasaba las noches en vela, desasosegada y totalmente aislada, pues ni siquiera la prensa llegaba a Pereda, todo lo cual dio paso en ella a la desmoralización más desesperante, que se recriminaba con dureza: “¡Cobarde, cobarde, cochina cobarde —se decía—. Eres una miserable derrotista!” (1980: 177). Para salir de aquel *impasse*, comenzó a desplazarse hasta Luarca a fin de ponerse en contacto con algunos compañeros republicanos con quienes coordinaba la ayuda destinada a los que habían sido apresados. Mas inmediatamente hubo de afrontar dos nuevas denuncias que, por fortuna, volvieron a resolverse en su favor. En la primera, presentada en julio de 1937, se la acusó de “hacer mofa de los santos sacramentos” (1980: 218). Para hacer frente a la segunda, interpuesta unos días después por motivos parecidos, el cura de Ayones intercedió por la joven maestra cuando la guardia civil la conducía ya a la cárcel de Trevías, desde donde iba a ser enviada a un campo de internamiento gallego (1980: 218-222). Salvada *in extremis*, en octubre de aquel mismo año, Dolores Medio se reincorporó a su escuela

11. En *Diario de una maestra*, la escritora comenta acerca de este episodio: “Todo sin consultar con la muchacha. Seguramente divirtiéndose con su papel de mando, que tal vez no ha ejercido nunca sobre una mujer” (1993: 198-222).

de Piñoleta, donde, aplicando sus principios educativos, se propuso desactivar el ambiente de parcialidad y de beligerancia que se había fomentado en dicha escuela, convertida en un cuartel en su ausencia. Pero las autoridades reaccionarias y resentidas del pueblo le prodigaron tan mala acogida que su compañero en el centro, Ángel González, tuvo que poner en marcha una recogida de firmas para apoyarla. Asumiendo lo imposible de su empeño, éste desistió de inmediato y le aconsejó, directamente, que abandonara el pueblo. Su huida de la escuela de Piñoleta y la denuncia del párroco de la localidad, Agustín Cué, hicieron que, en enero de 1938, la maestra fuera expedientada por la Inspección Provincial de Enseñanza con un pliego de cargos en que se la acusaba de

(...) haber orientado la enseñanza en sentido izquierdista, haber atacado en público las ideas de religión, patria y moral, hacer alarde de ultra-modernismo, no practicar la religión católica, simpatizar con los marxistas y, finalmente, haber hecho propaganda a favor de las izquierdas y de la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza (ATEA) (1980: 179).

En represalia, la Inspección la envió durante año y medio, suspendida de empleo y sueldo, a la escuela de Villa, en Cancienes, cerca de Avilés. Por ello, hasta que en diciembre de 1940 pudo reincorporarse otra vez a su escuela de Piñoleta, la novelista vivió una dura etapa marcada por la exclusión social, la pobreza y su fatigoso trabajo como criada, ya que, en el servicio doméstico, “nadie pedía avales ni filiación política” (1993: 238). No obstante y, pese al rigor del momento, siguió auxiliando económica y moralmente a sus compañeros, a la vez que se negó a pedir ayuda a su familia, que la había despreciado y rechazado por sus ideas políticas. Y todo esto mientras se decía a sí misma que el único “delito” que había cometido había sido “adelantarse un poco, romper moldes anticuados” (1993: 221-232).

Terminada la guerra, su compañero fue liberado mientras ella impartía clase en Piñoleta, tras lo cual y, según parece, éste contrajo de inmediato matrimonio con una mujer acaudalada. La decepción amorosa se sumó así al rechazo familiar, la marginación social y las trabas para el ejercicio de su magisterio que presidían la vida de Dolores Medio en aquel tiempo. Todo ello la decidió a solicitar su sustitución al frente de la escuela y a trasladarse a Madrid en 1945, donde su hermana Teresa, a la que siempre estuvo muy unida, vivía ya trabajando para la Organización Nacional de Ciegos como maestra. A su llegada a la capital, buscó inicialmente acomodo en la enseñanza, trabajando primero en un parvulario y más tarde en un colegio en el pueblo de Cenicientos. Fundamental a este respecto fue el apoyo recibido por parte de viejos conocidos, especialmente Antonio Juan Onieva¹² y Josefina Álva-

12. Antonio Juan Onieva Santamaría (1886-1977) fue el primer director de *La Voz de Asturias* de Oviedo. Becado por la Junta de Ampliación de Estudios, conoció en sus viajes por Europa las nuevas corrientes pedagógicas, que divulgó en la región asturiana, donde desde el año 1914 ejerció

rez de Cánovas¹³. Ésta fue la primera en animarla a que escribiera y publicara *El milagro de la noche de Reyes* (1948), su primera colección de cuentos. Asimismo, en 1947 y, cumpliendo otro de sus viejos sueños, la asturiana se matriculó en la Escuela Superior de Educación, y un año después en la de Periodismo, cuyos títulos obtuvo en 1951¹⁴. Pero, para entonces, la profesora ya había sido reconocida como escritora gracias a la obtención en 1945 del Premio “Concha Espina” por su relato “Nina”. El “Concha Espina” era por entonces un concurso literario exclusivamente para mujeres, en el que las concursantes elegían al jurado y las doce finalistas se encargaban de seleccionar el cuento premiado. A la convocatoria de aquel año se presentaron más de 1.000 relatos, lo que da idea de las inquietudes literarias de las mujeres en aquel momento. Por su cuento, Dolores Medio obtuvo un diploma, mil pesetas y la popularidad derivada de su publicación en el semanario *Domingo*, que lo había organizado. En los días sucesivos, las doce finalistas se lanzaron juntas a la búsqueda de un editor, motivo por el que aparecieron en algunos reportajes y entrevistas, aunque en vano. Poco después, Luis Antonio de Vega Rubio, el director del referido semanario, le ofreció que se hiciera cargo de su página femenina, incluido el consultorio sentimental de la misma. Así nació “El correo de Amaranta”, “misterioso personaje que desde las páginas del suplemento dominical organizaba la vida ajena, actuando en ocasiones casi a modo de agencia matrimonial” (1991: 37). En dicho semanario, la escritora publicó, bien íntegros, bien transformados, muchos de sus relatos, además de curtirse en el periodismo, ya que prácticamente redactó todos los contenidos de la revista, inclusive las crónicas deportivas, hasta entonces tan poco “femeninas”. Dolores siguió trabajando para este medio informativo hasta 1964, año en que, en su opinión, “lo vendieron con malas artes y sin pagarle”, motivo por el cual interpuso una demanda judicial contra el mismo, pleito que ganó defendida por la abogada Josefina Bartomeu, una de las fundadoras de la Federación Española de Abogadas, miembro de la Real Academia Española de Legislación y Jurisprudencia y Secretaria General de la Federación Española de Sociedades Protectoras de Animales y Plantas. La escritora compartía con Bartomeu sus inquietudes políticas y feministas, así como su pasión y defensa de los animales, a los que, siguiendo a su querido San Francisco, consideraba también “criaturas del Señor” (1993: 226). Prueba de ello es que, en

como Inspector de Primera Enseñanza. En plena dictadura de Primo de Rivera, organizó ya viajes al extranjero para maestros con vistas a ponerlos en contacto con las innovaciones educativas del momento. Entusiasta partidario de la ILE y afiliado al Partido Reformista de Melquíades Álvarez, tras la contienda, Onieva se convirtió en delegado del Servicio Español de Magisterio.

13. Profesora suya en la Escuela Normal de Oviedo, Josefina Álvarez de Cánovas es también autora de la famosa colección de libros para niñas *Mari-Sol*, publicada por la editorial Magisterio Español.

14. Entre los cuarenta y ocho alumnos de su promoción, la escritora asturiana fue una de las cinco mujeres graduadas.

el siguiente fragmento de *El pez sigue flotando*, la autora explicitó su compromiso con los desclasados y marginados a partir del “diálogo” que su protagonista, una maestra recién destituida, mantiene con un perro vagabundo al que ha rescatado:

Tú sabes que en el Tranvía de Salinas viajan de acá para allá, durante el verano, los perros cursis y exóticos de los veraneantes, adornados con sus lazos y sus mantitas... Nadie les hace daño. Por el contrario, les miman y les festejan. Son perros elegantes (...). Además, llevan puesto su collar y su chapa, es decir, su cédula personal. Lo que significa que tienen todos los derechos y garantías que disfruta el ciudadano que vive dentro de la ley. Hasta el privilegio de viajar en el tranvía de la costa con sus dueños, sin que se les moleste. ¿No es así?... Pero, tú, un perro vagabundo, un perro sucio, sin amo, tal vez enfermo (...) ¡Cristo! ¡Qué fácil es regalar a la gente y a los animales un poco de amor... y ¡qué caro se vende! (1993: 226).

Pero, como vamos a ver de inmediato, sobre la larga trayectoria de lucha social, política y educativa de Dolores Medio hasta aquí relatada, se corrió un tupido velo cuando, en 1952, conquistó el Premio Nadal con su novela *Nosotros, los Rivero*.

8.—*El Nadal y la conversión de Dolores Medio en una cenicienta apolítica y folletinesca*

En las primeras entrevistas que Dolores Medio concedió a la prensa tras la obtención del Nadal, los periodistas ocultaron bajo el tópico de “muchacha casta, modosa y apolítica” las facetas de la personalidad de la novelista anteriormente referidas. Su aspecto menudo y nervioso, la austeridad de la habitación alquilada en la que vivía, la única compañía de la muñeca que reposaba sobre su cama, las constantes alusiones a su pasado de niña huérfana, las penurias económicas atravesadas, el amor contrariado, etc., contribuyeron a crear, desde el primer momento, un retrato sentimental, melodramático y folletinesco de ella (De Armiñán, 1953: 13). Sin embargo, en aquellas declaraciones, la autora dejó ya constancia de su capacidad de iniciativa, sus preocupaciones feministas y su actitud crítica, así como de su temor a la mala acogida que, en su ciudad natal, la novela recibiría (1953: 13-14). En este sentido, aseguró que, con el dinero obtenido gracias al premio, editaría tres números de *Eva y tú*, una “revista de mujer para los hombres”, cuya redacción y oficinas había pensado emplazar en la sencilla habitación en la que vivía. Asimismo, confesó que había renunciado a asistir a las tertulias literarias madrileñas a las que antaño había acudido porque no estaba dispuesta a “oír hablar mal de todos” ni a que cuestionaran sus dotes creativas (1953: 13-14). Pese al significativo trasfondo de aseveraciones de este tipo, en los reportajes y entrevistas sucesivos, los medios españoles le pidieron insistentemente a la escritora asturiana que posara en papeles de ama de casa, tal y como le había sucedido a

Béatrix Beck en Francia, con quien la prensa nacional la equiparaba. A este respecto, conviene recordar que, en diciembre de 1952, B. Beck (1914-2008) había obtenido el Premio Goncourt por su novela *León Morin, prêtre*. En el momento de recibir el galardón, además de huérfana —su madre se había suicidado siendo ella pequeña—, la autora francesa era una viuda de guerra con una niña a su cargo que hasta entonces había trabajado como jornalera, obrera en una fábrica, maestra de escuela, empleada de oficina y, finalmente, secretaria de André Gide, quien la había animado a que pusiera por escrito sus experiencias. Basándose en el duro pasado que ambas compartían, la prensa española estableció de inmediato un paralelismo entre las dos novelistas, si bien silenciando su lucha política y poniendo en entredicho sus cualidades artísticas. Aunque Dolores aceptó aparecer en los reportajes periodísticos de aquella guisa, aborrecía las tareas domésticas, especialmente las relativas a la comida. Tanto es así que, para evitárselas, la asturiana acudió durante años a varios restaurantes de la calle Echegaray, entre ellos el conocido “Restaurante Correo” (Medio, 1966b). De igual modo, aunque no pudo finalmente llevarlos a término, la autora afirmó tener en proyecto la escritura de dos tomos de sus memorias, titulados respectivamente *El tercer sexo* y *Vida golfa*, en los que pensaba retratar el mundillo literario, su vida sentimental y la bohemia del Madrid del momento (1991a: 18). Por este motivo, frente a la imagen que la prensa daba de ella, su vida en la capital madrileña era, en lo literario, “intensa y bohemia”, y en lo amoroso, “ardiente aunque desastrosa” (1991a: 18). En su opinión, esto último se debía a sus “ideales liberales y feministas, que tan poco se acompañaban al concepto que del amor y de las mujeres solían tener los hombres de su tiempo” (1991a: 18).

Aunque no pudo consumarlo, como hiciera su admirada Leonor Serrano Pablo, Dolores proyectó también dedicar un libro a la educación de la mujer a lo largo del siglo xx, cuya “nueva manera de entender la vida, la educación, el amor y otras muchas cosas que urgía implantar y defender apasionadamente”, ella respaldaba y sostenía (1991a: 17-18). Así, mientras que la crítica la presentaba como una muchacha humilde y desamparada, la escritora se percibía a sí misma como una precursora feminista. Esta disparidad de criterio entre el cómo la retrataban y el cómo se veía se dio igualmente en el campo literario, en el que parte de la prensa y de la crítica infravaloró sus dotes artísticas y eludió la referencia a la censura política a la que su novela *Nosotros, los Rivero* había sido sometida, centrándose, por contrapartida, en la supuesta desviación mental que su protagonista padecía.

En lo que respecta al cercenamiento del que su libro había sido objeto, cabe decir que, el 25 de febrero de 1952, la sección correspondiente de la Dirección General de Propaganda negó la autorización para su publicación arguyendo que era “completamente reprobable” por la ideología republicana, antifranquista y comunista de la que su autora hacía gala (2000: 214). Aunque las ordenanzas de aquel tiempo lo prohibían, Dolores Medio dirigió una carta al Ilmo. Sr. Director de Información en la que justificaba su contenido por las pretensiones realistas del

libro y rogaba se autorizara su difusión. A partir de ese instante, su relato pasó por distintas manos, hasta que al cabo de más de un año, concretamente el 20 de abril de 1953, se expidió la tarjeta que permitía su publicación, si bien previa supresión de una serie de párrafos destinados a descargarlo de componentes ideológicos decisivos, que los censores atribuyeron a su “excesivo lirismo republicano y revolucionario” (2000: 216). Reproducimos aquí dichos informes, indicando en cursiva los dos fragmentos suprimidos en el manuscrito que acompaña al expediente, ambos pertenecientes al segundo y tercer párrafo del capítulo XX:

Decididamente, la habitación (...) no era ya su deliciosa torre de marfil, en la que podía aislarse del resto del mundo. No obstante, su interior conservaba el mismo aspecto de rebeldía y desorden que siempre había caracterizado a sus dominios. Rabindranath Tagore continuaba disfrutando su puesto de preferencia sobre las paredes, pero Charito de Triana (...) había sido desbancada por la efigie de Mariana Pineda, *a la que custodiaban, dando guardia de honor, los retratos de Galán y García Hernández, y la bandera republicana, que ni una ni otros habían visto ondear. Sobre la bandera había clavado (...), como una reliquia, una hoja de calendario, señalando una fecha: 14 de abril de 1931.* Había periódicos y revistas por todas partes: sobre la mesa, sobre el pupitre de hule negro (...), sobre la estantería, sobre la estufa (...): *El Plan Quinquenal, de Stalin; Técnica del golpe de Estado, de Malaparte; La rebelión de las masas, de Ortega y Gasset; Historia de la Revolución Rusa, de Trotski; Los creadores de una nueva Europa, de Sforza; La joven india, de Ghandi; Europa y el fascismo, de Heller; Bela Kun y el comunismo húngaro, de Révész; La transformación social de Rusia, de Máximo Gorki; Comunismo, de Lasky; La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir, de Bebel; Socialismo constructivo, de Mann; Testamento político de Engels...* (2000: 214-216).

Por su parte, en lo que a la capacidad narrativa de Dolores Medio se refiere, algunos analistas denunciaron sus supuestos errores de expresión, la acusaron de no saber establecer una frontera entre lo vivido y lo ideado y de falta de imaginación. Por ejemplo, en una noticia de ABC de mayo de 1953, Melchor Fernández Almagro consideró que la novela reproducía ciertos “tópicos literarios”, en tanto que, unos años más tarde, Juan Luis Alborg, sostuvo que era “un libro muy mediocre que no *estaba* llamado a tener ninguna significación” (Alborg, 1962: 335). Saliendo al paso de tales juicios peyorativos y, desde una meditada y argumentada concepción ética y estética, la escritora defendió la mezcla de ficción y autobiografía en la novela con el fin de dotar de mayor autenticidad a ésta:

(...) autobiográfico no es sólo lo vivido por el autor de un modo real y efectivo, impuesto a veces por el azar, y que incluso puede no tener la menor conexión íntima con su personalidad, sino algo también muy importante: lo que no ha vivido materialmente, pero que muy bien pudo haber vivido si la circunstancia, tan decisiva (...) lo hubiera permitido y aun procurado” (1991a: 44-45).

Por otro lado, en lo relativo a la supuesta enfermedad mental de la protagonista de su novela, ciertos articulistas —entre ellos Felipe Santullano y Ramón Guerra— afirmaron que ésta padecía una “aguda estatuofilia” que la impelía a dialogar con las estatuas, perfilando así a su autora como una “lunática chiflada”. Frente a esto y, en la estela de *La Regenta*, la obra de Dolores Medio reprobaba los prejuicios, valores y convenciones de rancia raigambre conservadora y provinciana, aspectos que éstos y otros críticos pasaron por alto en todo momento. De hecho, la obra se inicia con estas líneas:

Oviedo es una ciudad dormida. Por las calles, estrechas y empinadas, del Oviedo antiguo, envueltas, de ordinario, en espesa niebla, corre un sueño de siglos. Las moradas humildes, de paredes desconchadas por la humedad, se aprietan en torno a los palacios y caserones con fachadas de piedra renegrida. Unas y otros parecen dormir constantemente en un dulce letargo¹⁵ (1958: 9).

El carácter autobiográfico de *Nosotros, los Rivero* hizo además que muchos de los notables personajes de Oviedo que aparecían ácidamente retratados en el libro se sintieran ridiculizados por los comentarios allí vertidos¹⁶. Esta circunstancia explica por qué cuando, en el verano de 1953, la Tertulia Naranco adjudicó el “Carbayón de Oro” —insignia que representaba en noble metal al simbólico roble de la ciudad— la escritora asturiana no recibió ni un sólo apoyo entre sus 35 miembros con derecho a voto. Recordemos que La Tertulia Naranco del Café Cervantes, sito en la Plaza de la Escandalera de Oviedo, había sido promovida por Juan Ramón Pérez Las Clotas, redactor jefe y director del periódico *La Nueva España*. En aquellas fechas formaban parte de ella, entre otros, Jesús Cañedo, Eduardo García Rico y el ya mencionado Felipe Santullano. Cada año, la referida tertulia entregaba el susodicho “Carbayón de Oro” al asturiano o asturiana que más y mejor se hubiera distinguido en dicho período. La divisa honorífica se exponía durante el mes de septiembre en los escaparates de la calle González del Valle, junto a la casa en la que Dolores Medio había vivido durante el cerco de Oviedo. Así pues, parece que los contertulios del Café Cervantes se propusieron una censura pública de la autora, quien, invitada por la Sociedad Ovetense de Festejos, impartió en aquellos días una conferencia en la ciudad. A su llegada a ésta, más de cien personas entre antiguos compañeros de magisterio, periodistas, amigos y

15. La ascendencia galdosiana de *Nosotros, los Rivero* hizo que ciertos escritores y articulistas del momento, entre ellos Miguel Delibes, Federico Carlos Sainz de Robles, Juan Antonio Cabezas, Manuel Cerezales, Enrique Sordo, etc., alinearan a Dolores Medio con el gran autor realista, pero también con Ramón Pérez de Ayala y, más especialmente, con Leopoldo Alas “Clarín”, motivo por el cual algunos de ellos, no sin cierto desprecio, la apelaron “un Clarín con faldas” (1980: 77).

16. En la novela, dichos personajes aparecen representados por los Jáuregui, el señor de Girald, “sus pudibundas cinco hijas solteras” y la puntillosa y reaccionaria familia Quintana.

curiosos le dieron la bienvenida en la estación de tren con una cariñosa ovación (Ruiz Arias, 1991: 95).

9.—*La inacabable lucha de una escritora pronto relegada*

Pese a la imagen sentimentaloides y folletinesca que la prensa dio y siguió dando de ella, Dolores Medio continuó viviendo su “otra vida” en paralelo. Así, cumpliendo su viejo sueño de editar una revista, en 1956 fundó y financió *Ática*, una publicación de divulgación cultural consagrada a la actualidad literaria nacional e internacional y dedicada cada mes a una personalidad. Su primer número giró sobre Carmen Laforet y el segundo y, último, en torno a Wenceslao Fernández Flórez, pues no consiguió ayuda económica para continuar con su edición. Aquel mismo año vio la luz *Funcionario público*, relato centrado ya —como muchas de sus posteriores novelas, caso de *Bibiana*, *La otra circunstancia*, etc.—, en la denuncia de la carestía de la vida y de la vivienda para las clases bajas, así como de la corrupción, la insolidaridad y la miseria ligada al creciente consumismo y a la proliferante especulación inmobiliaria. En dichos libros, reflejó también críticamente la vida gris y solitaria que arrastraban las mujeres que los protagonizaban, la justificación de cuya existencia radicaba en la realización vital de los restantes miembros del núcleo familiar. Poco después, dada su experiencia en *Domingo* y al frente de *Ática*, un grupo de mujeres universitarias pensó en ella como directora ideal para otra publicación. Con esta intención, María Alfaro, Berta de Baeza, Elena Soriano, la propia Dolores Medio, etc., organizaron una exposición de pintura en el Círculo de Bellas Artes madrileño con obras donadas por distintos autores —Picasso entre ellos—, con el fin de fundar la revista gracias al dinero recaudado por su venta, si bien el proyecto definitivamente no cuajó. En 1961, la escritora publicó su autobiográfico *Diario de una maestra*, en el que se presentó a sí misma como una educadora republicana que defendía una enseñanza laica, liberal e igualitaria, que rompía con el mito del recato, que buscaba la independencia y hacía además gala de un ideario romántico anticapitalista en el que la religión cristiana era entendida no como una norma ortodoxa, sino como un instrumento al servicio de una revolución socio-política, ética y pacífica. Un año después, concretamente el 15 de mayo de 1962, fue detenida por encabezar en la Puerta del Sol, frente al antiguo Ministerio de Gobernación, la marcha de protesta de las mujeres madrileñas en apoyo de las asturianas, a su vez solidarizadas con sus maridos, mineros en huelga desde el mes de abril, cuyas familias y ellos mismos habían sido ya para entonces duramente reprimidos. Arrestada e interrogada, se le impuso una multa de 25.000 pesetas que se negó a pagar. Al no hacerlo tampoco nadie por ella, pasó un mes en la cárcel de mujeres de Las Ventas, durante el cual convivió con asesinas, ladronas, prostitutas y presas políticas. De esta experiencia nació *Celda común*, título que, aunque escrito a lo largo de 1963, no se publicó hasta 1996, pues la autora se negó

a suprimir los fragmentos que los censores consideraron necesario extirpar. En este relato autobiográfico, además de llevar a cabo una descarnada descripción de las cárceles de mujeres de la época, la escritora realizó una ardiente defensa de las prostitutas y ladronas de extracción popular, solidarizándose con ellas. Dando muestra una vez más de su compromiso con los oprimidos, la asturiana relató en este libro cómo, por ejemplo, aun disponiendo de él, se negó a dar dinero a las funcionarias y personal de la prisión a cambio de la concesión de ciertos favores, tales como librarse de los trabajos y tareas de limpieza más molestas, que recaían así, invariable e injustamente, sobre las presas más depauperadas. Por su desafío y resistencia, las funcionarias y las reclusas compinchadas acabaron encomendándose muchas veces a ella (Medio, 1996).

Aquel mismo año, *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa conquistaba el Premio Biblioteca Breve, inaugurando así el *boom* de la literatura hispanoamericana en España. Esta circunstancia contribuyó a su relegación literaria, coadyuvada también por sus problemas con la editorial Destino que, a comienzos de los sesenta, dejó de publicar sus libros. No obstante, en años sucesivos y, en diversas editoriales, vieron la luz, entre otros, los siguientes títulos: a) novelas: *Bibiana* (Madrid, Bullón, 1963); *El señor García* (Madrid, Alfaguara, 1966); *Farsa de verano* (Madrid, Espasa-Calpe, 1973) y *El fabuloso imperio de Juan sin Tierra* (Barcelona, Plaza&Janés, 1981); b) colecciones de relatos: *Andrés* (Oviedo, Richard Grandío, 1967); *El Bachancho* (Madrid, Magisterio Español, 1974) y *La última Xana* (Oviedo, Fundación Dolores Medio, 1986); c) libros de memorias: *Atrapados en la ratonera. Memorias de una novelista* (Madrid, Alce, 1980) y *En el viejo desván* (Oviedo, Caja de Ahorros, 1991). Su libro póstumo, *Moriré sola* (Oviedo, KRK, 1998) es una recopilación de relatos y poemas escritos a lo largo de varios años. Pero, desgraciadamente, desde la década de los sesenta, sus obras pasaron prácticamente desapercibidas para la prensa y la crítica y sus ventas se vieron drásticamente reducidas. Para contrarrestar la pérdida de lectores, la escritora se decidió entonces a adaptar varias de sus novelas y relatos a la gran pantalla. No obstante, aun cuando todo parecía querer “echarla al cuarto de los trastos viejos”, siguió siendo hasta su muerte una escritora en activo y llena de proyectos, uno de los cuales, concretamente el de crear una fundación cultural, llevó en 1981 a término. La Fundación Dolores Medio, a la que ella y su hermana Teresa legaron todo su patrimonio, instituyó el premio de novela “Asturias”, creó bibliotecas en las localidades del Principado que carecían de ella y distribuyó libros a colegios, casas de cultura, asociaciones, prisiones y ateneos, atendiendo preferentemente a los lugares más apartados de los centros urbanos. Desde la muerte de la escritora, acaecida en 1996, la Caja de Ahorros de Asturias se hizo cargo de su gestión.

10.—*Conclusión*

Nombrada en 1987 hija predilecta de Oviedo y galardonada poco después con la Medalla de Plata del Principado, en sus últimos años, Dolores Medio denunció con tristeza el vacío que habían ido dejando las grandes causas, desplazadas por el egoísmo del capitalismo tiránico, personificado para ella en la especulación inmobiliaria y el delirio consumista que retrató en sus novelas de la década de los sesenta. Frente a ambos, siguiendo la regla franciscana de “la vida sencilla y la perfecta alegría”, la escritora defendió y practicó las virtudes de la humildad, “más que por seguir caminos de perfección, para seguirlos de libertad”, pues siempre creyó que “la persona más libre e independiente” era la que sabía “renunciar a cuanto no le fuera indispensable para no tener que rendirse con adulación al despotismo ajeno” (1991a: 19-20). Desde las páginas de sus libros de memorias, la asturiana rememoró la entrega a la defensa de la justicia social y la buena praxis de la enseñanza que había representado la España republicana. Desde su socialismo reformista, ajeno a toda tentativa violenta o totalitaria, defendió siempre la igualdad y la libertad. Como padeció tanto desde bien joven, le fue fácil colocarse del lado de los que sufrían. Mostrando a los demás sus propias heridas, y para que no se sintieran desamparados y solos, se hermanó a través de sus palabras con ese pueblo del que siempre se sintió miembro y al que, en su opinión, sólo podía comprender quien hubiera doblado el espinazo sobre la tierra, quien hubiera sido despreciado o arrastrara el dolor de alguna miseria (1993: 272). Probablemente, su imagen periodística de “muchacha pobre, monjil y desvalida” esté en el origen del poco interés que su vida y su obra han despertado hasta hoy en día. De igual manera, es posible que su pacifismo a ultranza, su sentimiento de solidaridad no partidista, su respeto y su tolerancia de raíz cristiana y humanista hayan contribuido a que hasta ahora hayan sido pocas y pocos quienes han indagado en su obra y su biografía.

Como maestra republicana y pionera de la enseñanza, Dolores Medio siempre creyó que la politización de la educación sólo iba a traer consigo su descrédito. Asimismo, por encima de todo, la escritora asturiana vivió y murió convencida de que el mejor método para difundir las propias ideas y de que éstas ganaran adeptos entre quienes pensaban de otra manera, era atraerlos con el ejemplo de una vida modesta y honrada, palabras que han quedado casi en desuso en nuestro tiempo, cuyos jueces supremos son, desgraciadamente, el dinero y el éxito (1980: 98). Frente a ambos, Dolores Medio esgrimió su pobreza franciscana y su relegación literaria como una forma de resistencia. Y es que, la sencillez y la falta de reconocimiento bien pueden ser, en todo lugar y en todo momento, una manera de vivir en paz con los hombres y de acuerdo con el propio pensamiento.

11.—Referencias bibliográficas

- ALBORG, Juan Luis (1962): *Hora actual de la novela española II*. Madrid, Taurus.
- CRUSET, José (1968): “Dolores Medio: realidad y evasión de unos seres sencillos”. *La Vanguardia Española*, jueves 10 de octubre de 1968, p. 58.
- DE ARMIÑÁN, Luis (1953): “El Premio Nadal ha sido concedido en Barcelona a la novela ‘Nosotros, los Rivero’, de Dolores Medio”. *ABC*, 7 de enero de 1953, pp. 13-14.
- DECROLY, Ovide (1927): “La función de la globalización y la enseñanza”, *Revista de Pedagogía*.
- DECROLY, Ovide y BOON, Gerardo (1968): *Iniciación general al Método Decroly*. Buenos Aires, Losada.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María (1984-1985): “Dolores Medio: noveno premio Nadal”. *Archivum*, 34-35: 55-67. Enlace web: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/dolores-medio-noveno-premio-nadal-1952-0/>, consultado el 31/07/2017.
- MARTÍNEZ SARRIEGO, Mónica María (2005): “La herencia mítica de Galdós en *Diario de una maestra* de Dolores Medio: Máximo Sáenz e Irene Gal como reactualización explícita de una pareja galdosiana”, En ARENCIBIA, Yolanda *et al.* (eds.): *Galdós y el Siglo xx. Actas VIII Congreso Internacional Galdosiano*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, pp. 332-346.
- MEDIO, Dolores (1954): *Mañana*. Madrid, Tecnos.
- (1958): *Nosotros, los Rivero*. Barcelona, Destino.
- (1959): *El pez sigue flotando*. Barcelona, Destino.
- (1966a): *Biografía de Isabel II de España*. Madrid, Sucesores de Ryvadeneira.
- (1966b): *El señor García*. Madrid, Alfaguara.
- (1972): *La otra circunstancia*. Barcelona, Destino.
- (1973): *Farsa de verano*, Madrid, Espasa.
- (1974): *El Bachancho*. Madrid, Magisterio Español.
- (1980): *Atrapados en la ratonera. Memoria de una novelista*. Madrid, Alce.
- (1991a): *En el viejo desván*. Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias.
- (1991b): *¿Podrá la ciencia resucitar al hombre?* Oviedo, Fundación Dolores Medio.
- (1993): *Diario de una maestra*. Madrid, Castalia.
- (1996): *Celda Común*. Nobel, Oviedo.
- (2001): *Cuadernos madrileños*. Oviedo, KRK.
- (2004): *Mi compañera*. Oviedo, KRK.
- MONTEJO, Lucía (2000): “Dolores Medio en la novela española del medio siglo. El discurso de su narrativa social”. *EPOS, Revista de Filología*, 16: 211-225. Enlace web: http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:20855/dolores_medio.pdf, consultado el 31/07/2017.
- MORÁN, Gregorio (2006): “El ‘Paseo’ de Winter”. *La Vanguardia*, 30 de diciembre de 2006, p. 20. Enlace web: <https://www.almendron.com/tribuna/el-paseo-de-winter/>, consultado el 31/07/2017.
- PENUEL, Arnold. M. (1973): “The influence of Galdós’s *El amigo Manso* on Dolores Medio’s *El diario de una maestra*”. *Revista de Estudios Hispánicos*, 7-1: 91-96.
- SEGURA i SORIANO, Isabel (2004): “Leonor Serrano Pablo: más allá de la escuela”. *Cuadernos de Pedagogía*, 337: 34-37.
- RUIZ ARIAS, Carmen (1991): *Dolores Medio*. Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias.
- VV.AA. (1952): “Béatrix Beck gana el Premio Goncourt”. *ABC*, martes 2 de diciembre de 1952, p. 23.